

El relato de Mateo

Era un día de tantos. La misma rutina de siempre. Yo estaba sentado a la mesa, cobrando los impuestos. Como de costumbre, los que venían me miraban con desprecio. Me consideraban un traidor, un colaborador con los romanos. No me golpeaban, porque los soldados les habrían castigado, pero estoy seguro de que ganas no les faltaban. A veces los niños me escupían al ir por la calle. Ya me había acostumbrado al odio.

Pero ese día un hombre se plantó delante de mí. Y solo me dijo: «sígueme». Al mirarlo vi que era Jesús, ese nazareno del que todo el mundo habla. Yo ni siquiera me había atrevido a acercarme a él cuando había estado cerca. Pero fue él el que se acercó a mí. Y con solo una palabra, lo cambió todo. Porque comprendí que no venía a juzgarme, sino a llamarme. Que no me pedía un pasado impoluto, sino un futuro fiel. Que no me llamaba porque yo fuera bueno, sino porque Él es bueno. Y de golpe mi tristeza se convirtió en esperanza. Mi sensación de soledad se convirtió en encuentro.

Al juntarme con el resto de quienes le seguían, supe que ellos me aceptaban. Y que me acogían porque también tienen los pies de barro. Luego, los fariseos quisieron reprochar a Jesús que se juntase con alguien como yo. Pero él los dejó avergonzados al hablar de misericordia. Y todo empezó con un «Sígueme».

(Rezando voy, adaptación de Mt 9, 9-13)